

Mercado y valores humanos

José Ramón Fabelo Corzo

Investigador. Instituto de Filosofía.

La experiencia histórica confirma la necesaria presencia de relaciones mercantiles en cualquier proyecto socialista diseñado hoy con un mínimo de realismo. Parece ya evidente que no es la mera exclusión o inclusión del mercado lo que distingue al socialismo y al capitalismo. Mas el alto consenso actual que el mercado ha logrado a su favor, no mitiga las importantes secuelas negativas que este origina cuando es dejado a su funcionamiento espontáneo. «El gran reto al que se enfrenta hoy el socialismo en todo el mundo —reconoce Norberto Bobbio— es la victoria del mercado. Pero el mercado, en el momento mismo en que libera inmensas energías, crea enormes e intolerables desigualdades».¹ De ahí que todos los modelos socialistas que se discuten en la actualidad tengan este asunto como uno de sus ejes centrales de análisis. Las relaciones mercantiles en el socialismo tienen necesariamente que ser reguladas y subordinadas a determinados valores, de manera que puedan ser garantizadas las cuotas de justicia social que tal tipo de sociedad incorpora a las relaciones humanas. ¿Cuáles son esas regulaciones? ¿Hasta dónde han de limitar el libre juego de las leyes del mercado? ¿Es, en principio, posible la moralización exterior de este último?

Para aproximar una respuesta a estas interrogantes, se hace imprescindible reflexionar sobre otra cuestión: ¿qué implicaciones humanas tienen las relaciones mercantiles?, ¿por qué exigen reguladores especiales externos al trascender a la nueva sociedad socialista?

Valorar las consecuencias que para el hombre acarrea el mercado remite necesariamente al capitalismo, no porque sea la única sociedad identificada con tal tipo de institución —error bastante frecuente que ha tenido un alto costo histórico para la izquierda—, sino por el papel asignado a las relaciones de mercado dentro de esta forma de organización social. En realidad, vínculos mercantiles existen desde épocas muy anteriores al capitalismo y han de continuar existiendo aun en el caso, y mucho después, de que este sistema socioeconómico desaparezca. Lo que sucede es que en la sociedad del capital el mercado ocupa el centro, la esencia, la médula misma de ese organismo social. Como escribe Juan Antonio Blanco:

La sociedad capitalista no se define por la existencia del comercio y las relaciones mercantiles, sino por la omnipresencia de la lógica del mercado que permea todo el tejido social y cosifica toda relación humana [...] La sociedad

capitalista no es aquella en que existen mercados, sino donde la lógica del mercado es el eje de todo el engranaje social.²

Este real protagonismo del mercado dentro de un tipo específico de sociedad fue constatado y reafirmado por el liberalismo clásico, y ha sido absolutizado y extrapolado sin límites por el neoliberalismo actual que, disfrazando la intencionalidad ideológica bajo un ropaje de aparente objetividad científica,³ tiende a asumir las relaciones mercantiles como la condición natural de la existencia humana y el único modo de garantizar progreso y prosperidad al hombre. Tanto en uno como en otro caso, el mercado es centro, pero mientras los liberales reconocen la necesidad de ciertas actividades correctivas que mantengan al mercado en límites,⁴ Friedrich A. Hayek y sus seguidores lo totalizan, e interpretan cualquier dificultad dentro de la sociedad como resultado no de la presencia del mercado, sino de su insuficiente despliegue. Ante las aparentes fallas del mercado, no hay otra solución que más mercado. La famosa «mano invisible» de Adam Smith se convierte en «todopoderosa» con el neoliberalismo.

Cualquier intromisión humana en el funcionamiento del mercado, como no sea aquella que emana de la iniciativa privada en busca de beneficios personales, es censurada por el neoliberalismo y considerada causa de males sociales. El mercado será tanto más racional y más cercano a la perfecta autorregulación, mientras menos intentos existan por racionalizarlo y regularlo. No debe la sociedad realizar ninguna actividad que interfiera, con fines humanistas, redistributivos o de justicia, en el accionar de las leyes mercantiles. La justicia social solo será posible, en todo caso, como subproducto automático de una cada vez mayor aproximación al mercado total.

No se necesita de ninguna preocupación vinculada a la vida real. En ello radica la gran paradoja neoliberal: la vida de la especie humana estará tanto más asegurada en la medida en que la sociedad menos se preocupe por la vida concreta de cada hombre.⁵ Se trata de una total hiperbolización de la tesis original de Adam Smith que sirvió de guía a la doctrina liberal: «El individuo, persiguiendo su propio interés, sirve frecuentemente de forma más eficaz al interés de la sociedad que si realmente tuviera interés en servirla». Ya no es «frecuentemente», sino siempre; no se trata de una «forma más eficaz», sino de la única capaz de garantizar cierta eficacia. El neoliberalismo borra todo vestigio de relatividad, rechaza cualquier posibilidad que afecte, en alguna medida, al mercado absoluto y total.

Lo más significativo es que el neoliberalismo no constituye, simplemente, una teoría económica entre otras, que se limite a circular en determinados medios académicos. Es mucho más. Representa la doctrina oficial de las naciones superdesarrolladas, un tanto

demagógica en su proyección hacia el interior, pero muy estricta en lo atinente a sus relaciones con los países del Sur y de Europa oriental. Es, a la vez, el núcleo teórico-ideológico de las medidas que el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y otras instituciones financieras exigen a estos Estados como condición para recibir sus servicios, todo lo cual compulsa a asumir esas «recomendaciones» como política interna.

El gran despliegue de esta ideología penetra todas las esferas de la cultura, desemboca en una psicología especial caracterizada por la total idolatría del mercado y la solidificación de una especie de ética social obligada: dejar correr la tendencia natural del mercado hacia el equilibrio como única vía para superar cualquier problema social. No se trata solo de un modelo económico, sino de una visión de la vida, de la sociedad y de la política. El neoliberalismo es, en su conjunto, una concepción cultural que tiende a atrapar el sentido común de la época, portador de «un naturalismo ético que conduce a aceptar con actitud fatalista la imposibilidad de alternativas».⁶

Mas no se trata de una pura invención ideológica desconectada de todo sustento real. En verdad, el código moral del neoliberalismo es la expresión abstracta, depurada y sistematizada de una ética que emana del mercado como institución social y forma predominante de relación entre los hombres en el capitalismo. Para su «ideal» funcionamiento, el mercado requiere de un tipo específico de conducta práctica de todos los entes que con él tienen que ver. Estos «requerimientos» se convierten en normativas de obligatorio cumplimiento que permiten la regulación de la conducta e inspiran la confianza necesaria para dejar hacer al mercado.

Entre las garantías que el libre juego mercantil necesita para su desempeño están la libertad de contrato, la obligatoriedad de su cumplimiento y la protección y respeto de la propiedad privada. Estos elementos, propios de la estructura misma del mercado, se elevan a una dimensión moral y se asumen como importantes valores de la ética del mercado. La eficiencia, la competitividad, el culto a la diferencia y el fomento de una individualidad que sobresalga por encima de la media social, son exaltados como valores que permiten una incursión más exitosa en el mercado.

Una especie de divisa —dentro del mercado, todo; fuera del mercado, nada— comienza a presidir todas las relaciones sociales, y se extiende mucho más allá de los tradicionales espacios del mercado público. Se considera inmoral todo lo que atente contra las relaciones mercantiles, las que, a su vez, son convertidas en figura ética universal. El pragmatismo; el individualismo; la lucha por la existencia a costa de todos y de todo; el conformismo, asociado al sentimiento

de impotencia ante la infalibilidad de las leyes mercantiles; el consumismo, incitado por la publicidad y las ansias de vender y erigido en criterio de valor, se convierten en rasgos consustanciales de la cultura allí donde el mercado es el máximo protagonista de las relaciones sociales.

Para la lógica (y la ética) pura del mercado solo interesa el valor de cambio y no el valor de uso de la producción. Esto no significa que lo producido no tenga que cumplir ciertos requisitos de utilidad para ser realizado en el mercado. Pero esa utilidad social no es el fin, no es lo que motiva el proceso productivo. Este está destinado no al uso, sino al intercambio y búsqueda de ganancias.

Por esa razón, el hombre real y concreto, cubierto tal vez de apremiantes necesidades insatisfechas, no le interesa, en absoluto, a una moral inspirada en el puro mercado. Las necesidades humanas no cuentan, o solo lo hacen al margen de su racionalidad o urgencia, en tanto que condicionan un valor de cambio. Por muy vitales que sean y por muy bajos niveles de satisfacción que exijan, si no están depositadas en sujetos con posibilidades para satisfacerlas, ellas no importan. En la lógica del mercado solo caben aquellos con poder adquisitivo, solo toman espacio las necesidades (y más que las necesidades, las preferencias) de los que tienen con qué pagar. El sujeto sin dinero, aunque puede ser mayoritario, no ocupa lugar alguno, simplemente no existe, a no ser como potencial oferta de fuerza de trabajo. Es, por lo tanto, no un hombre con necesidades, sino solo, en el mejor de los casos, el portador también de una mercancía.

La ética del mercado no incluye la solidaridad, la fraternidad, la piedad o la justicia. Así lo reconoce con mucha objetividad Max Weber:

la comunidad de mercado, en cuanto tal, es la relación práctica de vida más impersonal en la que los hombres pueden entrar. [El mercado está] orientado exclusivamente por el interés en los bienes de cambio. Cuando el mercado se abandona a su propia legalidad, no repara más que en la cosa, no en la persona, no conoce ninguna obligación de fraternidad ni de piedad [...] El mercado «libre», esto es, el que no está sujeto a normas éticas, con su explotación de la constelación de intereses y de las situaciones de monopolio y regateo [...] es, en sus raíces, extraño a toda confraternización.⁷

La lógica mercantil excluye la justicia. Desde su única perspectiva, resulta moralmente inaceptable cualquier intervención deliberada que intente regular el mercado de acuerdo con determinados criterios de justicia distributiva. Por esa razón, ninguna concepción sobre la justicia —a no ser aquella que interpreta lo justo como lo que de manera natural y espontánea emana del mercado— puede tener espacio dentro del

neoliberalismo. No ya una noción nítidamente socialista: en el esquema neoliberal ni siquiera tiene cabida una teoría de la justicia como la de John Rawls, que, como se sabe, no está dirigida a eliminar las grandes desigualdades sociales, sino a su ordenamiento, de manera que estas «no sean mayores de lo necesario para que redunden en provecho de los menos favorecidos y el esquema de iguales libertades democráticas no se vea afectado de forma adversa».⁸ Hayek señala:

Un mundo rawlsiano jamás llegaría a la civilización [...] Pueden los intelectuales seguir empecinados en el error de creer que el hombre es capaz de diseñar nuevas y más adecuadas *éticas sociales*. En definitiva, tales nuevas reglas constituyen una evidente degradación hacia módulos de convivencia propios de colectivos humanos más primitivos, por lo que son incapaces de mantener a los miles de millones de sujetos integrados en el macro-orden contemporáneo.⁹

Al exigir como normativa básica la no intervención, la ética del mercado eleva la *libertad* al rango de valor supremo de la sociedad. Libertad entendida como respeto y fomento de la decisión individual y espontánea de cada quien a incursionar, a su cuenta y riesgo, en el mercado. Libertad de contrato, de empresa, de propiedad, de precios. Libertad que exalta el éxito personal desmedido, a la vez que interpreta como costo social imprescindible el estrepitoso fracaso de muchos otros. Libertad que identifica las grandes desigualdades sociales como meras diferencias naturales, étnicas o raciales, que condicionan una mayor o menor capacidad para adaptarse a las reglas mercantiles. Libertad que, en las condiciones del mercado, actúa como especie de selector natural darwiniano que eleva evolutivamente a los más adaptados y margina, hasta hacer desaparecer —a los efectos de la lógica mercantil interna y aun más allá de ella— a los que no han mostrado poseer el talento necesario. Así entendida, la libertad tiene que ser el núcleo axiológico de una sociedad en la que el mercado representa la médula económica. No es en absoluto casual que esta interpretación suya haya acuñado los conceptos de «liberalismo» y «neoliberalismo» para identificar las concepciones teóricas que históricamente más han defendido el «libre» mercado.

El hecho de que no sea la vida humana, sino el mercado, el que se encuentre en el centro de las prioridades sociales, conduce a una total transmutación de valores. La verdadera justicia consiste en la defensa de las desigualdades de origen natural y en la protección de la propiedad privada obtenida por vía «legal». El derecho a la vida deja de ser un asunto social y se convierte en un problema exclusivamente personal de cada individuo. Se estimula una especie de ética del sacrificio: el problema de la satisfacción de las necesidades humanas debe ser diferido hasta el momento en que el mercado, espontáneamente, por sí

mismo, le ofrezca alguna solución. Todo debe subordinarse no al hombre, sino a las exigencias de las relaciones mercantiles. Bajo esta ética, la solidaridad se pertrecha en el cerrado círculo de las relaciones entre familiares y amigos o se refugia en la conciencia religiosa que, de esta forma, sirve a veces como único resguardo para una espiritualidad moral distinta a la que genera el mercado. Ya que nada es posible hacer para solucionar los problemas sociales, la ética del mercado se traduce, en la conciencia de los pobres, como la ética de la desesperanza. Y no sin fundamentos. La historia que corre testimonia el crecimiento estrepitoso del número de personas excluidas de la producción, del consumo, de la política y de la vida. «Privados de la esperanza ya no hay ninguna razón para luchar por la vida y se acepta como vida la sobrevivencia cotidiana».¹⁰

La incompatibilidad del «libre mercado» con los intereses vitales de la humanidad es aún más evidente en su dimensión global. La absolutización de las relaciones de mercado se encuentra, precisamente, en las raíces del proceso acumulativo de exterminio de la vida en el planeta. En la lógica del mercado no hay respuesta para exigencias como el equilibrio ecológico, la conservación de la paz, el control del crecimiento demográfico o el acercamiento de los niveles de desarrollo entre los distintos países. Si algún sentido realista tuvo para su época la tesis de Adam Smith sobre la coincidencia del interés individual con el social a través del «libre mercado», hoy resulta muy difícil aceptarla. La intención de lograr la mayor compatibilidad posible entre intereses particulares y generales sigue siendo imprescindible, pero dejar el problema a la espontaneidad absoluta de las fuerzas del mercado resulta insostenible. El *status* global que ahora caracteriza a la humanidad exige, como su interés más vital, no el crecimiento económico en sí mismo, sino la distribución más justa de sus beneficios, y esto no es alcanzable con la sola presencia de una economía de mercado, la cual, de hecho, apunta hacia el ensanchamiento de las desigualdades sociales. Particularmente, el Sur subdesarrollado de hoy no es la Europa de la época de la acumulación originaria, del crecimiento y del florecimiento del capitalismo. Aquel modelo de desarrollo es inaplicable a los actuales países pobres, que jamás podrán reproducir el camino transcurrido por Europa o los Estados Unidos. Intentos no han faltado. Mirado el Tercer mundo en su conjunto, el resultado ha sido negativo. Las condiciones no son las mismas. Hoy existe una economía global planetaria y no encerrada en estrechas fronteras nacionales. Los marcos «liberales» que el capitalismo transnacionalizado impone a la economía internacional crean enormes obstáculos para la generación de renglones económicos realmente competitivos en el Sur. La opción que va

quedando es la apertura a las inversiones extranjeras, que traen consigo el capital, la tecnología, los mercados; pero que se llevan, lógicamente, la mejor tajada en las ganancias. Esto, aunque pueda significar, en términos absolutos, cierto crecimiento económico en los países subdesarrollados, en la mayoría de los casos no alcanza para cubrir el incremento demográfico, ni el pago de la deuda acumulada, con sus intereses. Significa que los beneficios de ese crecimiento quedan concentrados en los sectores más directamente vinculados a la inversión extranjera y, si lo miramos en términos relativos, implica un decrecimiento y un mayor distanciamiento con respecto a los países desarrollados. El liberalismo, o su versión neoliberal más moderna, no puede traer consigo solución alguna —y sí un agravamiento— al problema global más agudo de nuestro tiempo: el de las grandes diferencias entre los niveles de desarrollo de unos países y otros.

Mientras mayor desarrollo alcance la tecnología, mientras más global sea la economía, mientras más concentrada en determinadas empresas esté la propiedad, más peligrosas para el hombre son las relaciones mercantiles no reguladas. Las acciones motivadas por el puro mercado son ajenas a cualquier compromiso con los intereses vitales de los semejantes. Se inspiran en la búsqueda de una ganancia monetaria impersonal y excluyen, por lo tanto, toda preocupación por la naturaleza, por los pobres o por las generaciones futuras. De ahí la inevitabilidad de los «males públicos» que acarrea el mercado, cuya lógica, en no pocas ocasiones, apunta en un sentido diametralmente opuesto al de la lógica de la vida humana. Cuanto más autorizada esté una empresa a contaminar el agua o el aire,

más barato produce y más elevadas son sus ganancias. La tala de los bosques vírgenes es un mal público que acrecienta las ganancias de las empresas madereras [...] Una publicidad peligrosa, como la que incita a los adolescentes a fumar [...] acrecienta las ganancias de las manufacturas de tabaco [...] Las autopistas congestionadas son un mal público cuyo origen probable es que la industria automotriz ha llegado a crear en la gente preferencias por el transporte privado con exclusión de transportes públicos [...] La guerra puede ser financiada para bajar el costo de un insumo que las empresas importan [...] [o] aumentar las ganancias de las empresas que trabajan para la defensa nacional.¹¹

En estos y muchos otros casos el crecimiento de las ganancias no tiene nada que ver con la preservación o el aumento de la calidad de la vida, sino todo lo contrario. La implacable lógica del mercado conduce en su evolución, con la fuerza de la necesidad, al deterioro de las condiciones de existencia de una mayoría que, con el tiempo, tiende a ser toda la humanidad.

Tampoco en un sentido estrictamente económico es atribuible al mercado el milagro que el neoliberalismo

supone. La eficiencia económica es muy cuestionable allí donde se dilapidan los recursos humanos con el desempleo crónico, o donde la ausencia de cuidado al medio ambiente hace peligrar el futuro de la economía (para no hablar ya del futuro de la sociedad y de la humanidad toda), o donde se malgastan los recursos no renovables, o donde el derroche y el despilfarro de unos contrasta con la carencia de lo más elemental en otros. No puede hablarse de eficiencia económica donde no existe eficiencia social. Es esta última la que le da el verdadero sentido moral a la primera. «Cuando la oferta y la demanda deciden si un ser humano tiene derecho a una vivienda, a alimentarse, vestirse, educarse y atender su salud, el debate sobre el mercado y su *eficiencia económica* pierde su beatífica máscara racionalista y se desnuda éticamente».¹²

En el esquema ideal del neoliberalismo la idea sobre la supuesta función milagrosa del mercado está asociada a la tendencia al equilibrio, como resultado de una también supuesta asignación óptima de recursos que el mercado, anónimamente, debe garantizar. De esta forma, el mercado logra lo que el hombre, por medio de ninguna planificación, puede alcanzar. Sin embargo, aun sin extraviarnos de este esquema ideal hacia una realidad económica que por lo general es bien distinta, cabe señalar necesarias «imperfecciones» al anunciado equilibrio «perfecto». A pesar de que, de manera global, es posible cierta tendencia real al equilibrio —de lo cual los vaivenes de los precios constituyen un indicador—,¹³ ningún productor puede, en el fondo, conocer lo que esos movimientos de precios significan. Los productores no saben, intentan adivinar, se arriesgan. El mercado restituye su «equilibrio» sobre la base de los que aciertan; los otros quiebran. Cierra caminos, pero no indica cuáles abrir. Informa, es cierto, pero fracasa y quiebra de por medio. Por eso la entrada en el mercado implica siempre un riesgo imposible de evitar. Hayek habla de una razón «colectiva y milagrosa». Pero la imposibilidad de acertar siempre es lo que, en definitiva, impide la tendencia absoluta al equilibrio y la asignación óptima de recursos, y convierte en irracional el mecanismo del mercado al dejarlo todo a expensas del factor casualidad, a sus caprichos, ajenos a la mediación racional humana.¹⁴

Por eso un mercado absolutamente libre no puede existir. El llamado «no intervencionismo» es un modelo ideal para el cual no existe correlato real alguno. Es más propio de la utopía neoliberal que de la verdadera realidad capitalista. En la práctica, desde la misma constitución del mercado, frecuentes intervenciones han intentado corregir sus fallas. Pero además, la evolución histórica del capital —libre competencia-monopolio-capitalismo monopolista de Estado-transnacionales— ha ido cerrando cada vez más el paso al libre juego del

mercado. La concentración y centralización del capital permite la monopolización de la producción, de los mercados y de los precios, y no solo en los marcos nacionales. Ningún capitalista «práctico» que ocupe una posición de privilegio en esta realidad monopólica desdeñará las mayores posibilidades de ganancias que esta le ofrece para sustituirla por un idealizado esquema de libre mercado. Como bien señala Adam Schaff,

dejando de lado los pequeños enclaves del comercio al detalle y de la artesanía, no hay, en ninguno de los países económicamente desarrollados, nada que se parezca al mercado libre [...] el capitalismo contemporáneo, a diferencia de aquel que analizó Marx y a diferencia también de los absurdos inventos que el neoliberalismo trata de vender a los «pobres», no equivale al caos del mercado. Se basa en una planificación muy fina realizada por los grandes consorcios y no solamente a escala nacional, sino también internacional.¹⁵

En el mundo capitalista de hoy, el mercado libre está limitado no solo por el monopolio del capital, sino también por los restos que aún existen del llamado «Estado benefactor». En el primer caso, la regulación y la planificación buscan una maximización de la ganancia, que sigue siendo la brújula principal que orienta este tipo de sociedad. Por su parte el «Estado de bienestar», sin llegar a afectar sustancialmente la lógica del capital, está dirigido a ofrecer cierto nivel de seguridad social a la población, aunque siempre como resultado de conquistas populares y sin plenas garantías de que lo alcanzado no se haga reversible, ya que en este tipo de sociedad lo que menos interesa es el nivel de satisfacción de las necesidades básicas de la población. Así y todo, no deja de ser cierto que la intervención estatal, en este caso, cierra también espacios a la acción libre del mercado e introduce nuevos elementos de planificación y regulación.

De modo que no es la mera presencia de la planificación o el mercado lo que distingue al capitalismo del socialismo. Queda así reiterada nuestra tesis de partida, que refuerza la idea de la importancia de una distinción axiológica (más allá de las necesarias diferencias estructurales y de funcionamiento) entre ambos sistemas.

El propio Hayek define al socialismo mediante una caracterización ética: «es la moralización de la economía», afirma.¹⁶ Aunque su intención no es otra que el desprestigio de esa forma de organización social, no hay dudas de que su aseveración posee fundamentos reales. En verdad, el socialismo se diferencia de los tipos de sociedad precedentes por un contenido moral cualitativamente nuevo. Aunque no se reduce a un catálogo de postulados morales, tal y como fue alguna vez defendido por el llamado «socialismo ético», es incuestionable que la sociedad socialista no puede existir sin una base moral, sin garantizar una serie de valores

Una especie de divisa —dentro del mercado, todo; fuera del mercado, nada— comienza a presidir todas las relaciones sociales, y se extiende mucho más allá de los tradicionales espacios del mercado público. Se considera inmoral todo lo que atente contra las relaciones mercantiles, las que, a su vez, son convertidas en figura ética universal.

que la identifican como tal. El núcleo mismo del ideal socialista radica en la solidaridad humana, en la posibilidad de llevar a la práctica un humanismo radicalmente superior. Con la precisión meridiana del científico, Albert Einstein captó esta esencia hace ya casi 50 años: «el verdadero objetivo del socialismo consiste, precisamente, en superar la fase depredatoria del desarrollo humano». ¹⁷ Y esta es una finalidad ético-social.

Por ello, el tránsito a la nueva sociedad representa una transformación radical del *ethos* cultural vigente; es decir, no se reduce a cambios en uno u otro campo, sino que abarca todas las esferas de la vida social. Frecuentemente se olvida la necesidad de tal enfoque integral. En ocasiones se pretende identificar determinadas células aisladas de la vieja sociedad —que no llegan a romper la lógica del capital— con el cimiento de la nueva, en espera solo de una probable generalización. Así, se ha querido ver socialismo en la mera gestión social del capitalismo, o en la colectivización de la dirección del proceso productivo, o en la asociación de productores. Mas, sin negar la importancia de tales conquistas sociales en el seno del capitalismo, no deben reducirse a estas (u otras) las radicales transformaciones que el socialismo implica. Es necesario armar «la resistencia a un tipo de enfoque que orienta la búsqueda hacia “islotos” desprendidos del continente de la propiedad privada, como presuntos gérmenes de futura generalización». ¹⁸ Lo cualitativamente socialista no es reductible a ningún elemento aislado, por importante que este sea, sino que ha de constituir una alternativa sistémica real al capitalismo. Por eso, los nuevos modelos de socialismo no deben ser analizados desde un punto de vista exclusivamente económico. Las transformaciones culturales que el socialismo ha de traer consigo no pueden realizarse por sí mismas. Las reformas económicas no generan de manera espontánea o automática una nueva cultura, y sin esta última no hay socialismo, ni siquiera en la esfera económica.

El hombre mismo y su vida han de ser valores centrales en el socialismo. En esto consiste su superioridad ética en comparación con el capitalismo: en este, el individuo existe solo si forma parte del

mercado; en la sociedad socialista cada ser humano posee derechos fundamentales (económicos, culturales, sociales) que han de ser socialmente garantizados. ¹⁹

La nueva sociedad exige un tipo diferente de racionalidad, que no excluya la eficiencia, pero que la subordine a la vida humana y a las necesidades reales y justas de todos los hombres. En los modelos económicos es necesario tener en cuenta los fundamentos antropológicos de la economía, la centralidad del trabajo y las necesidades humanas. Como escribe Hinkelammert,

la maximización de las ganancias no puede ser criterio supremo de las decisiones económicas de la sociedad socialista. El que una empresa tenga pérdidas, no es razón para cerrarla, mientras que la mayor capacidad de una empresa para obtener ganancias, no es razón suficiente para aumentar o cambiar su línea de producción. La tasa de ganancia no puede ser sino un criterio secundario para las decisiones sobre las orientaciones básicas de la economía. ²⁰

El socialismo no ha de proscribir el mercado, pero sí superar la ética del mercado. Tampoco la sola inclusión de la planificación convierte en socialista la economía, «la esclavización del individuo puede ser simultánea a la existencia de una economía planificada». ²¹ Desde su proyecto original, el socialismo estuvo destinado a medirse no por el nivel de consumo de unos cuantos, ni por el grado de perfección con que se planifique el funcionamiento social, sino por la calidad de vida que sea capaz de garantizarle a cada uno de sus miembros.

Los actuales problemas globales —inexistentes en la época de Marx— agregan nuevos límites, naturales y humanos, ecológicos y sociales, al capital, y ponen incluso en cuestión una idea básica de la concepción marxista clásica: la del desarrollo de las fuerzas productivas como sustrato último de todo progreso humano. Como nunca antes, se hace necesario hoy el establecimiento de mecanismos sociales de control al desarrollo de las fuerzas productivas. El decurso histórico de nuestros días está demostrando que el progreso tecnológico y económico puro, abstraído del resto de las condiciones sociales —o lo que es lo mismo, ubicado en los marcos de unas relaciones de producción que ya no lo soportan, como es el caso de los países capitalistas desarrollados, sede

fundamental de este progreso— está provocando más males que bienes a la humanidad y justificando la censura axiológica de la que muchas veces es objeto. Para el Norte, trae consigo mayores cuotas de enajenación, un consumismo irracional, un daño irreparable a la naturaleza y a la ecología, la supresión de valores morales y estéticos, una actitud egoísta hacia todo, un antihumanismo consustancial. Para el Sur subdesarrollado significa —debido al hecho fundamental de que ese progreso se realiza no en su propio espacio, sino en los países industrializados y es utilizado por estos como instrumento de explotación— más subdesarrollo, más explotación, mayor distanciamiento respecto al mundo desarrollado, menos soberanía, menos identidad, más muerte, mayor marginación. Todo esto permite afirmar que, hoy por hoy, el progreso técnico y económico no es necesariamente representativo —y ni siquiera puede ser síntoma evidente— del progreso social.

La nueva sociedad no debe, por supuesto, renunciar a las conquistas ya alcanzadas en la esfera de la producción. Tampoco detener el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas, pero sí colocarlo sobre nuevas bases, lo cual implica, entre otras cosas, que el ímpetu de su crecimiento no sea ya lo determinante en el progreso humano y que, presumiblemente, ese ritmo tenga que disminuir por fuerza en aras de la preservación del medio ambiente, la economización de los recursos no renovables y una distribución más justa de la riqueza creada en el proceso productivo. En un sentido económico, el indicador básico del progreso humano-global ha de estar asociado al carácter de las relaciones de producción. El crecimiento de las fuerzas productivas, sin detenerse, estará limitado ecológica y humanamente, y deberá concentrarse, desde un punto de vista geocultural, en las regiones que han constituido las periferias del capitalismo.²²

La existencia de estos nuevos límites al crecimiento evidencia la obsolescencia del principio de máxima ganancia como la fundamental fuerza motriz de la economía. Se hace necesario superar la prioridad abstracta, caótica e irracional que la lógica del puro mercado otorga a todo avance técnico y económico que genere ganancias. La humanidad necesita una nueva cultura ecológica y socialmente responsable, que el mercado, por sí mismo, no puede garantizar. El crecimiento técnico y económico debe ser regulado y subordinado a otros valores: la justicia social, la preservación del medio ambiente, la priorización de zonas menos desarrolladas, un humanismo más elevado.

De todo esto se desprende que la *justicia* constituye el principal valor que identifica al socialismo y que lo

diferencia de modo sustancial del capitalismo. Antes habíamos señalado a la *libertad* como el eje axiológico alrededor del cual giraba la sociedad capitalista. Se trata de dos valores que, mirados en sí mismos, portan ambos una positividad socialmente significativa, de acuerdo con la definición misma del concepto «valor».²³ Parecería, por tanto, una mera disquisición filosófica, sin mucha importancia práctica, el asunto de cuál de ellos es central en una u otra sociedad. Pero en realidad resulta esencial la determinación de la máxima prioridad axiológica. En dependencia de la elección que se haga, las sociedades podrán tomar rumbos radicalmente diferentes, por una sencilla razón: cuando estos dos valores entran en conflicto es necesario optar por uno y desdeñar al otro. En un caso, la libertad pone límites a la justicia; en el otro, la justicia restringe la libertad.

Una sociedad como la capitalista —que, en apariencia, da rienda suelta a la libertad— provoca que su despliegue ilimitado obstruya, impida, ahogue, su posible extensión a toda la sociedad. La libertad como valor tiene un límite lógico: la afectación de la libertad de otros. Más allá de ese límite, se convierte en su contrario, en un antivalue. Sobrepasado ese umbral, mientras más libre sea un sujeto para moverse por la compleja red de relaciones sociales, menos movilidad y menos libertad tendrán otros. Evitarlo solo sería posible si se colocara un valor distinto por encima de la libertad misma. Pero no es eso lo que ocurre en la sociedad del capital. Lo cotidiano allí es que la excesiva libertad de unos implique ausencia de libertad de otros. Y eso es, precisamente, la injusticia. El mundo capitalista se ha movido hasta ahora bajo la consigna engañosa de la libertad y, por eso, ha provocado tanta injusticia.

En tanto máxima instancia axiológica, la justicia entraña un contenido más plenamente valioso, más propio de un estadio superior del desarrollo civilizado del hombre. Su gran ventaja como valor humano radica en la permanente posibilidad intrínseca de crecimiento y universalización. Más justicia para unos solo puede implicar más justicia para otros y, en sentido genérico, más justicia social. Mientras mayor extensión, profundidad y universalidad alcance este valor, más segura estará su realización para cada sujeto histórico-concreto. El crecimiento de la justicia no cercena —antes bien, garantiza— la universalidad de otros valores, como es el caso de la libertad misma. Es la supremacía de la justicia como valor la que permite restringir la libertad de unos hasta los límites en que no afecte la libertad de otros. Es la justicia —por paradójico que pueda parecer— el verdadero garante de la plena realización de la libertad como valor.

La justicia socialista, por lo tanto, no puede renunciar a la libertad como importante valor de la nueva sociedad. No hay razón para la restricción de libertades,

fuera del marco de lo imprescindible, de acuerdo con las circunstancias histórico-concretas. No ha de evocarse una justicia —en este caso más ficticia que real— para mutilar libertades innecesariamente. Cuando esto ocurre sale afectada no solo la libertad, sino también la justicia como valor. Esta última entraña, subsumidamente, la igualdad-libertad, así unidas, es decir, la mayor variedad posible de relaciones entre individuos iguales y libres o, lo que es lo mismo, toda la libertad realizable, mientras no afecte la igualdad más allá de lo necesario e históricamente aceptable.

Conocido es que el socialismo no puede garantizar una igualdad absoluta, pero sí una *desigualdad justa*, de acuerdo con el aporte social de cada cual. Injusto sería —en una sociedad incapacitada para una distribución conforme a las necesidades— brindar igual tratamiento a individuos con desiguales contribuciones sociales. Ni el igualitarismo ni el paternalismo injustificado son consustanciales a este tipo de sociedad. De ahí que cualquier modelo de socialismo precise determinar, de acuerdo con las condiciones particulares, las fronteras de la igualdad y «lo que debe ser *igualmente* repartido». ²⁴ Cada individuo ha de tener iguales posibilidades para la realización de sus «fuerzas esenciales» (Marx) y para la satisfacción de sus necesidades humanas básicas. Pero debe ser diferenciado, en consonancia con la calidad y cantidad de trabajo de cada cual, su acceso al resto de la riqueza social.

El necesario enfrentamiento de los problemas globales de nuestro tiempo y el inesquivable asunto de la salvaguarda de un planeta habitable para el futuro, comprometen a cualquier modelo de socialismo con una justicia que vaya más allá de las fronteras nacionales y epocales. En la medida de sus propias fuerzas, el socialismo debe ser una sociedad también justa hacia fuera y hacia delante. Nada realmente humano puede serle ajeno. El equilibrio ecológico, el cuidado del medio ambiente, la búsqueda de alternativas al agotamiento de los recursos no renovables, la consecución de ritmos racionales para el crecimiento demográfico, la preservación de la paz y la construcción de un nuevo orden internacional que realmente favorezca la paulatina equiparación de los niveles de desarrollo de todos los pueblos, han de constituir contenido insoslayable de una justicia anclada en el «aquí» y el «ahora», pero al mismo tiempo proyectada hacia la arena internacional y extendida a las futuras generaciones, que no están para exigirla por sí mismas.

Nada de esto sería posible en los límites de relaciones mercantiles no reguladas. Por eso el socialismo ha de superar la lógica del mercado, para lo cual introduce la planificación, y la convierte en el principal eje económico. Ante la imposibilidad de un mercado perfecto que garantice un equilibrio económico basado

en las reales necesidades humanas, que ponga al hombre como centro y asegure una distribución justa de la riqueza social, la sociedad socialista se propone, mediante el plan, evitar los excesos hacia los que tiende el automatismo mercantil, y dotar a la economía de una racionalidad humanista.

Pero, al mismo tiempo, no puede deshacerse totalmente del mercado, ya que la sola planificación no permite garantizar —al menos por el momento y tampoco en una perspectiva previsible— el funcionamiento eficiente de la sociedad socialista. La planificación perfecta también es imposible. Ello presupondría un conocimiento centralizado, absoluto e inmediato de todos los factores involucrados en el proceso producción-consumo, incluidos el estado de las necesidades, sus movimientos y fluctuaciones. Esto, por supuesto, sigue siendo hasta ahora una utopía irrealizable. Por esa razón, la planificación socialista ha de estar complementada por el mercado que, debido precisamente a su espontaneidad, brinda una información rápida y relativamente fidedigna acerca de la correlación de la oferta y la demanda y sobre el estado de las necesidades sociales, lo cual favorece, a su vez, una mejor preparación del plan.

Desde su mismo surgimiento, el mercado desempeña una importante función dentro de la sociedad. Con el desarrollo de la división social del trabajo y la complejización de las relaciones de intercambio, la coordinación de la producción hubiese sido imposible sin la aparición de los vínculos mercantiles. ²⁵ En el funcionamiento de la compleja estructura de componentes interdependientes que constituye la sociedad contemporánea, el mercado ofrece la posibilidad de utilizar una cantidad significativamente mayor de información al reunir, en un mismo sistema general, el conocimiento de cada agente social de las relaciones mercantiles. Tal volumen informativo es por el momento imposible de obtener por el exclusivo medio de una planificación centralizada.

La presencia de relaciones mercantiles como complemento de una economía planificada favorece la eficiencia, no solo porque descentraliza las fuentes de información, sino también porque multiplica, para todos los sujetos de esas relaciones, ²⁶ la gestión social de búsqueda de satisfacción de la demanda y permite una adjudicación más eficaz de los recursos. No debe tampoco desconocerse el papel incentivador que puede desempeñar «el fenómeno de la competencia —que ejerce una influencia tan grande sobre las reacciones y actitudes de las personas—, aunque se cree una nueva y sublime versión, despojada, por ejemplo, de ese sucio aspecto que es el ansia de lucro». ²⁷

Ha afirmado Hayek que la economía mercantil permite que el orden nazca del caos. ²⁸ Ya sabemos que

en las condiciones de un mercado dejado a su absoluta espontaneidad, este genera, más allá de los reales elementos de orden que pueda introducir, otro caos, superior y aun más peligroso, que involucra el destino mismo de la naturaleza y la sociedad. Sin embargo, un mercado socialista controlado no solo es capaz de prever y evitar secuelas negativas en un sentido natural y social, sino que también contribuye al ordenamiento de la sociedad con un uso más racional de los recursos materiales y humanos.

Esto significa que el mercado es aún necesario al hombre y puede constituir un mecanismo socialmente benefactor si se subordina a valores tan altos como la justicia. No debe juzgarse moralmente, de manera abstracta, un instrumento todavía imprescindible a la sociedad contemporánea. La nueva sociedad debe incorporarlo junto a la planificación y bajo la acción de reguladores sociales, incluidos los morales.

La imposibilidad real de un mercado y un plan perfectos en sí mismos hace que, desde el ángulo de los valores que el socialismo ha de garantizar, tan nefasto sea dejar correr automáticamente al mercado, sin ninguna regulación planificada, como procurar un plan sin el auxilio absoluto del mercado. Una justicia basada en la ineficiencia y en la escasez tampoco llega a ser una justicia real. Es necesario superar cualquier hiperbolización excluyente que clausure el paso a la necesaria complementariedad y que haga aparecer una alternativa cerrada: o mercado o plan.

¿Hasta dónde el plan y desde dónde el mercado? Es este el más difícil asunto, eje de las principales discusiones de hoy. Siguiendo la lógica de las reflexiones aquí presentadas, y desde un punto de vista estrictamente técnico, se concluye que el socialismo debe extraer de la esfera de dominación del mercado todo aquello que ofrezca posibilidades reales para el conocimiento de la relación oferta-demanda, asociado sobre todo a las necesidades básicas y comunes a todo ser humano, al tiempo que debe dejar un margen —lo no conocido— para el mercado.²⁹ Desde el punto de vista de una ética humanista, lo primero debe garantizar la equidad, la justicia, la igualdad de oportunidades, la solución de los problemas sociales. Lo segundo ha de asegurar la eficiencia, el crecimiento, el perfeccionamiento de la calidad de la vida, el respeto a la diferencia, el interés del trabajador por los resultados de su labor, la inserción en el mercado internacional; todo ello dentro de una órbita que nunca ha de perder su contenido social ni las bases reales de la justicia.

En realidad, esto no pasa de ser un esquema general. No hay una respuesta única, ya que cada país, cada proceso histórico-social, exige una correlación específica de ambos elementos. La planificación, digamos, desempeña un mayor papel en los países

subdesarrollados con un bajo nivel de satisfacción de las necesidades más vitales. El mercado, por su parte, es más importante allí donde el asunto por resolver es el de las preferencias y el perfeccionamiento de la calidad de la vida y no el de las necesidades básicas.

Mas a pesar del carácter necesariamente abstracto y esquemático de cualquier visión genérica del socialismo, esta resulta imprescindible como noción de un «deber ser ideal» que ha de irse «recortando» al tiempo que se adecua a las condiciones específicas de cada proceso concreto. Construir el socialismo es imposible sin una imagen previa, por lo menos, de sus principios generales. La historia se realiza en un entramado de alternativas. La opción que se lleva a la práctica la eligen los hombres, y lo hacen a tenor de sus propios conceptos previos. La espontaneidad en la acción de las leyes sociales es propia de las sociedades anteriores, pero no del socialismo, sociedad que jamás se levantará por sí misma sin el propósito consciente de hacerlo. La construcción de la nueva sociedad exige —eso sí— una visión desprejuiciada, lo suficientemente flexible como para romper cualquier atadura conceptual y permitir al pensamiento un permanente dinamismo que dé respuesta a los nuevos cambios y a las realidades histórico-culturales más diversas. La brújula orientadora han de ser los intereses generales y plurales que la sociedad sea capaz de realizar garantizando el máximo histórico de justicia social permisible para las condiciones de la época y el lugar.

Pero tampoco ningún modelo abstracto puede, por sí mismo, garantizar el contenido moral y la eficiencia de la nueva sociedad. Los modelos son importantes y necesarios —ya lo hemos dicho—, pero más importante aún es una real democratización de la vida social, extendida a todas sus esferas: la política, la economía, la cultura. Según afirma Alberto Kohén:

Se trata del despliegue de nuevos procesos de *democratización* en el sentido global que le da Lukacs, abarcador de la totalidad de la vida; la vida cotidiana, y la actividad económica, las instituciones y el mecanismo político para las decisiones. No se trata solo de «mejorar» la esfera política o el sistema institucional, que de por sí es importante, sino de democratizar, en profundidad y extensión, el conjunto de la vida: desde la esfera de la cotidianidad hasta la más elevada de la política, o sea, una verdadera y profunda revolución.³⁰

Claro que el asunto tiene que pasar por la socialización real de la propiedad, sin la cual la democratización sería irreal. Ello no significa la creación de un único monopolio estatal, cual fue el caso de la mayoría de los ensayos del «socialismo real». La experiencia histórica ha demostrado que ese tipo de Estado, dueño prácticamente de toda la economía, aun cuando pretende representar a toda la sociedad,

en realidad, con el tiempo se va convirtiendo en una entidad suprasocial, es decir, situada por encima de la sociedad y sin control por parte de esta; crea para su funcionamiento un ejército inmenso de funcionarios y burócratas, totalmente improductivos, cuyos intereses particulares tienden a alejarse de los del resto del organismo social. En tal caso, la propiedad social queda suspendida en una abstracción: ni la sociedad ni los colectivos de trabajadores guardan una relación real de propietarios hacia los medios de producción y hacia los resultados de esta. Con todo ello sale afectada notablemente la eficiencia de la gestión productiva y pierde sus garantías la justicia socialista.

Evitar semejantes efectos negativos solo es posible mediante un control realmente popular y descentralizado de los recursos, sobre los cimientos de una propiedad plural, que interese orgánicamente al trabajador con los resultados de su labor. No ha de dejarse el fomento del valor del trabajo a la acción única de la espontaneidad de cada cual o a la influencia formativa exterior. La más fecunda labor educativa es aquella que se sustenta sobre la base de las necesidades reales, individuales y sociales, de los educandos. La sociedad debe garantizar que el trabajo adquiera para cada sujeto que en él participa una alta (y muy concreta) significación positiva. No hay otra forma de lograrlo que otorgándole una «corporeidad» material al nexo del trabajador con los medios y resultados de su labor.

El modo en que esto se haga puede ser diverso. La sociedad socialista puede, en principio, ser cohabitada por la gran propiedad estatal o cooperativa, la pequeña propiedad privada y, entre ellas, una amplia gama de empresas medianas, organizadas bajo los principios del cooperativismo. Son posibles también fórmulas intermedias como la entrega en usufructo de la propiedad a determinados colectivos laborales. Lo que sí ha de estar garantizado materialmente —y no solo como conciencia inducida— es el sentimiento de dueño real y la lógica capacidad de decisión que toda propiedad otorga a su dueño.

Es falso el criterio de que esto último implicaría necesariamente la prevalencia de los intereses particulares de los trabajadores o de los colectivos laborales sobre los intereses globales de la sociedad, cosa que sí podría ocurrir en los marcos de un mercado no regulado. Ni la justicia, ni los niveles de equidad social, ni las garantías de satisfacción de las necesidades básicas, tienen por qué ser afectadas por la capacidad descentralizada del trabajador de decidir sobre lo que es suyo. De la misma forma que ser propietario de un automóvil no da derecho a lanzarlo sobre los transeúntes, la sociedad tiene que imponer

los necesarios límites a la libre decisión de las empresas, de forma tal que sea posible superar, a favor de la primera, cualquier conflicto de intereses.

Y al igual que el dueño de un vehículo puede hacer infinidad de cosas con él sin violar el código de tránsito, la empresa tiene ante sí una amplia gama de posibles acciones que libremente puede acometer, sin entrar en conflicto con la sociedad y, en muchas ocasiones, en beneficio común con ella. Dada la imposibilidad de concebir centralmente todas estas acciones, la libertad de decisión de los trabajadores redundará en más eficiencia y, consecuentemente, en más justicia.

A la vez, todo ello abre la posibilidad real para un verdadero control popular y una democracia participativa como principal antídoto contra una burocracia ineficiente y oportunista. La participación democrática directa de todos los trabajadores, de todo el pueblo, en cualquier asunto de su sociedad constituye la más confiable salvaguarda de la justicia. Ello no significa que desaparezca la representación y que cada asunto haya que llevarlo a consulta popular. «Los directivos necesitan la autonomía suficiente para dirigir la empresa con eficiencia, pero no tanta como para que exploten la fuerza de trabajo para sus propios intereses».³¹ El control racional por parte de los trabajadores sobre los dirigentes, la planificación, la gestión económica y otros asuntos sociales ofrecen la mejor garantía para que se imponga en la sociedad un código de valores realmente socialista, ajeno tanto a la ética que emana de un mercado puro, como a las desvirtuaciones morales a que puede conducir un socialismo carente de reguladores que partan desde la base misma de la pirámide social.

Notas

1. Norberto Bobbio, «¿Tiene futuro el socialismo?», *Tesis 11*, n. 23, Grupo Editor, Buenos Aires, 1995, p. 43.
2. Juan Antonio Blanco, *Tercer milenio. Una visión alternativa de la posmodernidad*, Centro Félix Varela, La Habana, 1995, p. 41.
3. «El liberalismo es la única filosofía política verdaderamente moderna y la única compatible con las ciencias exactas. Converge con las teorías físicas y químicas más recientes, en particular con las ciencias del caos [...] En economía liberal, como en la naturaleza, el orden nace del caos: la disposición espontánea de millones de decisiones y de informaciones conduce no al desorden, sino a un orden superior». (Gury Sorman, «El maestro del liberalismo» [entrevista a Friedrich A. Hayek], *La Nación*, Buenos Aires, 1988, citado por José Luis Rebellato, *La encrucijada de la ética*, MFAL, Montevideo, 1995, p. 39).
4. Véase Franz J. Hinkelammert, «La globalización de los mercados, el neoliberalismo y las utopías conservadoras del capitalismo actual», material impreso por el DEI, San José, Costa Rica, s/f, p. 3.

José Ramón Fabelo Corzo

5. Véase Franz J. Hinkelammert, *Crítica de la razón utópica*, DEI, San José, Costa Rica, 1990, 2ª ed., p. 88.

6. José Luis Rebellato, ob. cit., p. 15.

7. Max Weber, *Economía y sociedad*, t. I, Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1944, p. 494.

8. John Rawls, *Justicia como equidad. Materiales para una teoría de la justicia*, Tecnos, Madrid, 1986, p. 16.

9. Friedrich A. Hayek, *La fatal arrogancia. Los errores del socialismo*, Unión Editorial, Madrid, 1990, p. 129.

10. Xavier Gorostiaga, «La mediación de las ciencias sociales y los cambios internacionales», en *Neoliberalismo y pobres. El debate continental por la justicia*, Cinep, Santafé de Bogotá, 1993, p. 572.

11. John Roemer, «¿Puede existir un socialismo después del comunismo?», en *Nuevos modelos de socialismo*, K&ai Ediciones, Buenos Aires, 1995, p. 28.

12. Juan Antonio Blanco, ob. cit., p. 44.

13. Siempre que estos movimientos de los precios sean el resultado de la acción «libre» de la ley del valor, lo cual obviamente no es el caso en una economía signada por el predominio de los monopolios y, con más razón, por las transnacionales, que muestran cada vez mayor capacidad para «planificar» y controlar los precios. Pero este particular (que hoy no tiene nada de particular y sí mucho de universalidad) no es tenido en cuenta en el esquema ideal del neoliberalismo.

14. Véase Franz J. Hinkelammert, *Crítica a la razón...*, ob. cit., pp. 76-7 y 246.

15. Adam Schaff, «¿Qué ha muerto y qué sigue vivo en el marxismo?», *Tesis 11*, Grupo Editor, Buenos Aires, 1995, pp. 70 y 73.

16. Véase Luis Martínez de Velazco, «Socialismo y mercado», *Papeles de la FIM*, n. 1, 2ª época (*El marxismo después del diluvio*), Madrid, s/f, p. 125.

17. Albert Einstein, «Por qué el socialismo», *Tesis 11*, n. 22, Grupo Editor, Buenos Aires, 1995, p. 35.

18. Gilberto Valdés, *La alternativa inconclusa: el socialismo en las redes de la modernidad*, Fondos del Instituto de Filosofía, 1994, p. 7.

19. Véase Juan Antonio Blanco, ob. cit., pp. 81-2.

20. Franz Hinkelammert, *Crítica de la razón...*, ob. cit., p. 139.

21. Albert Einstein, ob. cit., p. 38.

22. Es este un argumento que, unido a otros, habla acerca de la necesidad de un cambio formacional a escala mundial. El actual proceso de desnacionalización de la economía debe constituirse en factor propiciador de la aparición de las premisas históricas para tal tipo de cambio.

23. En otros lugares hemos definido el valor, en su dimensión objetiva, como la significación social positiva de cualquier objeto, fenómeno, cualidad o proceso material o espiritual, que participe

de la actividad humana. Véase, por ejemplo, José Ramón Fabelo, *Práctica, conocimiento y valoración*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989.

24. Jacques Bidet, «10 tesis filosóficas sobre la noción de “modelos de socialismo”», en *Nuevos modelos...*, ob. cit., p. 13.

25. Véase Franz J. Hinkelammert, *Crítica a la razón...*, ob. cit., p. 245.

26. Téngase en cuenta que cuando aquí hablamos de sujetos de las relaciones mercantiles entendemos por ellos no solo y no tanto a propietarios individuales, sino ante todo colectivos de trabajadores «libremente asociados», y al propio Estado como representante de los intereses de la sociedad globalmente tomados. No hay por qué asumir como incompatibles al mercado y la propiedad realmente social.

27. Adam Schaff, ob. cit., p. 76.

28. Véase Gury Sorman, ob. cit.

29. Hipotéticamente un plan efectivo que prescindiera del mercado sería posible sobre la base del conocimiento del estado de todas las necesidades sociales (y no solo las básicas) y una capacidad productiva suficiente para satisfacerlas. Pero esta posibilidad se ve bloqueada no solo por la carencia de tales niveles de producción, ni por la incapacidad actual de la sociedad de recopilar centralmente un conocimiento que tendría que tener en cuenta a cada ser humano con sus necesidades diferenciadas. Supongamos que la producción crezca hasta ese punto y que el desarrollo de los medios informáticos y de comunicación ofrezcan la posibilidad de recopilar instantáneamente ese volumen de información, para, sobre su base, confeccionar el plan. Así y todo, entre el momento en que el plan se confecciona y el momento en que la producción esté lista para satisfacer las necesidades, ya estas habrán cambiado. Una distribución de acuerdo con las necesidades es virtualmente imposible. Presupondría la cancelación del surgimiento de nuevas necesidades y la paralización de la historia. Eso no significa que la sociedad socialista no se mueva hacia ese objetivo, pero ha de hacerlo con plena conciencia de que es un fin inalcanzable, un modelo de imposibilidad, cuyo sentido radica en el movimiento real de la sociedad que provoca.

30. Alberto Kohén, «Nuevos modelos de socialismo en Latinoamérica», en *Nuevos modelos de socialismo...*, ob. cit., p. 107.

31. David Schweickart, *Democracia económica. Propuesta para un socialismo eficaz*, Gráficas Fomento, S.A., Barcelona, 1993, pp. 30-1.

© TEMAS, 1998.